

LA CONDUCTA ANTE EL DESASTRE



Dr. FERNANDO SERPA FLOREZ

Médico especializado en Harvard. Ex-Secretario de Higiene del Distrito Especial. Ex-Director del Ministerio de Salud Pública.

Desde la iniciación del curso de Cultura General del Colegio Máximo de las Academias, dicta la asignatura de Higiene.

Es miembro correspondiente de la Academia de Medicina.

Tema de vital interés público, es el de la manera de evitar o de prevenir el pánico, y para lo cual es sobremañera conveniente divulgar los estudios psicológicos que se han hecho en relación con el comportamiento de las gentes ante las catástrofes.

Porque una conducta descontrolada en una emergencia, no solamente puede constituir un serio problema al entorpecer y dificultar las actividades de auxilio y rescate, y por las repercusiones nocivas que un comportamiento adecuado tiene para la comunidad. También es importante tener en cuenta, que a largo plazo, un choque emocional de esta naturaleza, causa neurosis y aun psicosis en individuos predispuestos.

En todo gran desastre, —guerra, incendio, terremoto, peste— hay tres momentos que, fácilmente, pueden individualizarse.

El primero de ellos podría definirse como la amenaza de que algo grave va a ocurrir. Sin embargo, el ambiente, en este momento, está indemne.

Después viene el momento en que se recibe el impacto de la catástrofe.

En dicho instante el individuo afronta la situación. Y es, entonces, precisamente, cuando las probabilidades de escapar, al accidente o a la muerte, dependerán principalmente de la habilidad, rapidez y preparación de la acción defensiva personal.

En tercer lugar encontramos lo que se ha denominado la "victimización", que sucede al impacto. En este período la persona advierte la magnitud de las pérdidas sufridas.

Ahora bien. Conocidos estos tres momentos, vamos a describir las maneras inconvenientes de comportarse ante el peligro.

Luego de una observación sistemá-

tica al respecto, se han individualizado y descrito cinco maneras no convenientes de comportarse en los desastres.

De acuerdo con la duración y la gravedad de una catástrofe, así como en relación con la fortaleza individual, describimos, pues, estas conductas inadecuadas que, muchas veces, pueden sobreponerse en la misma persona o sucederse siguiendo una secuencia o patrón y que son: la **aprensión**, la **inmovilidad**, la **apatía**, la **dependencia** y la **irritabilidad agresiva**.

La más común de estas reacciones es la aprensión. La aprensión o miedo, se caracteriza por un temor agudo, acompañado de actividad y acciones orientadas a la fuga del aparente lugar de peligro.

Esta actitud puede perdurar tiempo después de que la amenaza pasa. Y queda, entonces, la tendencia a demostraciones excesivas de susto, de huida o de "saltar" alerta a la menor alarma.

La "inmovilidad" que es otra manera inconveniente de reaccionar ante el peligro, es de corta duración. Y sólo se manifiesta en el instante súbito del impacto y pocos instantes luego.

La persona queda atónita, con una relativa ausencia de su capacidad motora y mental. Y parcialmente desorientada.

En seguida describimos otra forma de reaccionar, que es frecuente en las personas que han sido afectadas más severamente con el golpe de la catástrofe. Se trata de la "apatía".

En este caso, el individuo pierde la iniciativa y todo interés por las actividades normales, cayendo en un estado de depresión.

Hay otra manera de reaccionar, de manera inconveniente. Y es demostrando un comportamiento pasivo, de "curiosidad", obediencia o dócil dependencia.

La persona, entonces, se comporta

como un niño, a la espera —simplemente— de que alguien le dé una orden para actuar.

Aparte de que se constituyen en un estorbo (son los que llamamos "curiosos" o "mirones") algunas veces su docilidad emocional los conduce a actuar erróneamente, siguiendo directivas inapropiadas. O realizando actos equivocados, que no pueden ser observados y corregidos rápidamente por la misma naturaleza de quienes los realizan.

Estas tendencias se observan luego de acontecer el desastre, o en las primeras fases de recuperación, cuando la colaboración de toda persona hábil es indispensable para la labor de ayuda y rescate.

Por último, un poco tardíamente, pueden presentarse tendencias de irritabilidad agresiva, que se caracteriza por resentimiento y amarga condena, en especial contra las autoridades y entidades oficiales.

Todas las reacciones que hemos descrito anteriormente, impiden reconocer correctamente la realidad, apreciar con exactitud el peligro, controlar los impulsos socialmente inaceptables o tomar un camino adecuado para actuar.

Para concluir, recordaremos que el pánico siempre produce desastrosas consecuencias y que, por ello, debemos procurar evitarlo.

Para lo cual, se deberá mantener alta la moral de la población, lo que se obtiene cuando hay un líder que sepa encauzar la situación y conducir, serenamente, a las gentes. Se deberán establecer medidas de comunicación adecuadas entre las gentes, pues, en efecto, nada descontrola más que el no saber qué sucede y qué debe y puede hacerse en un momento de peligro. Y, por último, las vías de escape deben ser accesibles, amplias y, por ningún motivo podrán bloquearse.